

■

NOCHE, por *Eugenio González*

Es una novela de los barrios bajos del pesimismo. Una historia puede interesar por sí misma o por la manera de contarla. Esta es sencilla: un vulgar intravertido, bien dotado para el placer erótico. Un trozo de vida titubeante entre la vigilia y el sueño. Simple es la trama y reducido el número de personajes. Hay un momento en esta novela en que el relato, la manufactura del escritor, se impone a la odisea un poco aburrida del héroe Alfredo Velasco.

Eugenio González ha concebido todo en un terreno sumamente difícil; se trata de la introspección morbosa de un profesor de estado que llega a un pueblo de provincia a ejercer. Su llegada coincide con el principio del libro. Alfredo lleva una existencia interior, posee unos tristes ojos sumergidos que miran el contorno sin alegría ni esperanza, ha creado un espacio infranqueable entre el mundo y su alma, no conoce sino sus propias inquietudes y no tiene amigos. Es una naturaleza apática e inapetente; se advierte de inmediato la existencia de un mundo propio secreto e intrasmisible en la mente de este profesor chileno.

El personaje podría parecer falso. También los escépticos resuelven su vida y se hacen un lugar apacible y llevadero en la tierra; casi no se comprende un destino sin un momento de completa satisfacción o sin la pendular oscilación entre la dicha y la pena. Tal vez haya una razón en Alfredo Velasco. En el amanecer de la vida apareció su desgracia:

«Cuando apenas tenía cuatro años, sus padres murieron en un accidente ferroviario y quedó a cargo de una tía solterona...

«Cada vez que Alfredo proyectaba su espíritu hacia aquel pasado, sólo destacaba la silueta de la tía entre las velas siem-

pre encendidas del altar que ocupaba un rincón en su dormitorio.

«El fondo inmóvil sobre el cual se deslizaban sus despedazados y circunstanciales recuerdos de niño era una especie de mancha de invierno: cielo brumoso, oprimente, abatiéndose sobre los tejados ennegrecidos por la lluvia, y un exiguo jardín cubierto de malezas donde había un banco de piedra en cuyas junturas se acumulaba el musgo.

«¿Dónde pasaba su vida entonces, qué hacía mientras la señora se entregaba en su cuarto a la lectura de sus libros devotos? No recordaba sino el pedazo de jardín abandonado, el banco musgoso y húmedo, el cielo ceniciento sobre el tejado negruzco. Por ahí andaba, precozmente hastiado un niño solitario, aterido en su obscura vestimenta de invierno. A veces desde alguna parte, una voz quebradiza hendía el plúmbeo silencio de la casona:

—Alfredito, venga.

Era Micaela, la vieja sirvienta que lo llamaba para darle una golosina. Micaela era lo mejor de su mundo».

Todo este trasmundo infantil aplastado por el desamparo, puede fermentar en un espíritu apto como el de Alfredo Velasco y dar ese destino triste que vive únicamente un borrascoso episodio interior.

En los libros que lleva escritos Eugenio González, se advierten algunos temas centrales y comunes a ellos, síntoma elocuente de la verdad de un novelista. No se trata de las risueñas posibilidades del hombre en el paisaje, tampoco de la insufrible persecución del lenguaje campesino para deducir de un giro violento caracteres bravos y jocundos. Eugenio González resulta un novelista fuera de escuela, sus personajes no son simpáticos, por el contrario prorrumpen en ellos el problema psíquico que al acentuarse desencadena el morbo y el desvarío. Ya en este terreno el autor observa y expone objetivamente el

desenvolvimiento doloroso de su gente, sin admiración ni explicación.

No hay sorpresas ni embustes; al hombre le acontece lo inevitable, lo único posible, y González aclara con serenidad y filosóficas insinuaciones los problemas más hondos y vitales de una gran legión de hombres y mujeres de Chile. Esta es una cuestión decisiva para el futuro de la novela nacional: el público lector. No se puede prescindir de quien quiere verse un poco dentro de los libros para investigar personajes de los valles, la montaña y el mar. Por eso «Martín Rivas» posee una significación permanente en las ambiciones sociales de nuestro mayor público y es leído por todas las generaciones. Hay excelentes novelas costumbristas de ambiente campesino que no lee casi nadie. La novela de las ciudades chilenas: la gente agrupada, la introspección, el vicio, el burgués y el intelectual, la juventud, está casi por escribirse y ofrece aspectos variados e importantísimos al novelista.

Alfredo Velasco, el personaje central de «Noche» tiene, con aproximaciones y diferencias inevitables, infinidad de hermanos en nuestra sociedad. El amor de Aura, la ardiente niña provinciana, lo inhibe y enloquece dando lugar al pavoroso devenir de su existencia. Otro aspecto hace de «Noche» una novela excelente: está escrita en un estilo flúido, sobrio y seductor, como casi no habíamos encontrado en las letras chilenas.

La noche es una atracción para Eugenio González, de su combo espacio azulado extrae la «colección nocturna» del alma en vigilia los amores desventurados, la angustia del sino y de la muerte.

«Ni un rumor rizaba la inmovilidad del aire. Desierto mar sin oleaje, extendido en el aterrador infinito, la noche sumergía la vida en el misterio de su profundidad. Pero así como en el fondo de las aguas entre vegetaciones de pesadilla, se agitan los monstruos ciegos y taciturnos que la luz rechaza, en el se-

creto de la sombra y el sueño despertaban en irreparable tropel, los deseos ocultos a lo largo de la vigilia».

Siente con fuerza González el hálito de las noches de verano y el avanzar pesado y silente de las de invierno. Alfredo Velasco es un personaje para la noche. Su locura se va insinuando débilmente hasta terminar en un sueño perturbado por los deseos del sexo, Vigilia y sueño, vida sin olvido en la que el sueño también es vigilia persistente aterradora y mortal.

El trauma psicológico que afecta al personaje de González, su motivación y desarrollo, se asemeja mucho, salvando las diferencias de argumento al de «Adriana Mesurat» la desdichada heroína de Julien Green. Esta novela de vigilia nocturna nos empuja suavemente al releer el poema de Neruda «Colección Nocturna».

He vencido al ángel del sueño, el funesto alegórico;
 en gestión insistía, su denso paso llega
 envuelto en caracoles y cigarras,
 marino, perfumado de frutos maduros.

Y seguramente es Eugenio González

«El que busca desde antaño, y examina sin arrogancia.
 Conquistado, sin duda, por lo vespertino».

FERNANDO URIARTE.

SUMA POÉTICA, por R. Olivares Figueroa

Ya conocíamos de este escritor sus *Notas Críticas a los «Nuevos Poetas Venezolanos»*, (Editorial Elite. Caracas, 1939), y su «*Antología Infantil de la Nueva Poesía Venezolana*» (1938),